

Conmemoración de la Ordenación de las Once de Filadelfia: 29 de julio de 1974

Esta conmemoración marca la ordenación de las primeras once mujeres al presbiterado en la Iglesia Episcopal que se llevó a cabo en la Iglesia of the Advocate en Filadelfia el 29 de julio de 1974.

A lo largo de la mayor parte de la historia de la iglesia cristiana, la posición de la mujer ha sido una posición secundaria con respecto a la del hombre. Durante la primera mitad del siglo veinte, a medida que las mujeres en la Iglesia Episcopal buscaban expandir su participación en la vida de la iglesia, muchas mujeres empezaron a trabajar en la iglesia o a ser directoras de educación religiosa como "diaconisas" – una orden separada de los diáconos hombres.

El movimiento para la igualdad de la ordenación agarró ímpetu en 1970 cuando mujeres laicas se sentaron por primera vez con voz y voto en la Convención General de la Iglesia Episcopal. Una resolución llamó a la votación para eliminar las distinciones canónicas entre los hombres diáconos y las mujeres diaconisas, con la intención de despejar el camino para las mujeres que buscan la ordenación y que sean reconocidas como diáconas en plenitud e igualdad. Cuando se adoptó esa moción, la Iglesia Episcopal enfrentó el asunto de si deberían ordenar a las mujeres como sacerdotes y obispas también.

Se presentó otra resolución en la Convención General de 1970 para aprobar la ordenación de las mujeres para el presbiterado y el obispado. No logró pasar la Cámara de Diputados, sin embargo, tuvo gran apoyo. Una resolución similar falló ser aprobada por una pequeña diferencia en la Convención General de 1973.

Para el mes de julio de 1974, los partidarios de la ordenación de las mujeres empezaron a sentirse preocupados debido a la demora del proceso legislativo y se organizó un servicio para ordenar mujeres al presbiterado. Tres obispos retirados estuvieron de acuerdo en presidir el servicio: Daniel Corrigan, obispo sufragáneo retirado de Colorado; Robert L. DeWitt, quien recientemente había renunciado como obispo de Pensilvania; y Edward R. Welles, obispo retirado del Occidente de Missouri. Se contó con la presencia de un cuarto obispo, José Ramos, obispo de Costa Rica, quien asistió en apoyo a la ordenación de mujeres, pero no participó en el acto de la ordenación.

Se presentaron once mujeres diáconas listas para la ordenación al presbiterado. Estas mujeres, quienes posteriormente fueron conocidas como las "Once de Filadelfia", fueron Merrill Bittner, Alla Bozarth-Campbell, Alison Cheek, Emily Hewitt, Carter Heyward, Suzanne Hiatt, Marie Moorefield, Jeannette Piccard, Betty Schiess, Katrina Swanson y Nancy Wittig. Fueron ordenadas el 29 de julio de 1974 en la Iglesia del Advocate en Filadelfia, Pensilvania.

Las ordenaciones suscitaron tanto celebración como controversia en la Iglesia Episcopal. La Cámara de Obispos las declaró como "irregulares" y se les prohibió a las Once de Filadelfia de ejercitar de manera oficial sus funciones como sacerdotes. Sin embargo, el movimiento para la ordenación de las mujeres continuó caminando hacia adelante. El 7 de septiembre de 1974, el obispo retirado de Rochester, George Barrett, ordenó a Lee McGee, Alison Palmer, Betty

Rosenberg y Diane Tickell en Washington, DC. Finalmente, la siguiente Convención General de septiembre de 1976, aprobó la ordenación de mujeres al presbiterado. La ordenación de mujeres habría de iniciar el 1 de enero de 1977, y las ordenaciones previas "irregulares" fueron regularizadas.

Colecta del Día

Santo Dios, siempre nos llamas para servirte en varios ministerios, para que tu Iglesia crezca y prospere: te pedimos, que siguiendo el ejemplo de la once mujeres que fueron ordenadas en Filadelfia en este día, nunca cesemos de hacer nuestra tarea, ofrecer nuestro cuidado y cumplir nuestras diligencias, hasta que hayamos hecho todo lo que sea posible para servirte como mensajeros, administradores y guardianes de tus Buenas Nuevas. Oramos por Jesús, quien nos llamó a seguirlo. Amén.

o

Santo Dios, te damos gracias por el valor de las once mujeres que se ofrecieron ante ti para servirte como sacerdotes en este día en Filadelfia. Con gratitud, honramos a todos aquellos que defendieron su causa y les ayudaron para responder a tu llamado. Ayúdanos para que, manteniendo su valor en nuestra mente, continuemos el trabajo de invitar, bendecir y utilizar los dones de toda persona, para levantar el Cuerpo de Cristo, en cuyo nombre oramos. Amén.

o

Jesús, nuestro hermano y amigo: nos regocijamos en que tu Iglesia preparó y apoyó a las once mujeres que fueron ordenadas como sacerdotes en este día en Filadelfia. De la misma manera que María y Marta trajeron diversos dones para tu servicio, que nosotros sepamos escoger de la mejor manera, buscando servirte en todas las órdenes del ministerio, por amor al Evangelio y por el bienestar de tu Iglesia. Oramos de la manera que tú nos enseñaste, en tu nombre dador de vida. Amén.

Las lecturas

Exodo 1:15-21

Además, el rey de Egipto habló con Sifrá y Puá, que eran parteras de las hebreas, y les dijo: — Cuando atiendan a las hebreas en sus partos, fíjense en el sexo del recién nacido. Si es niña, déjenla vivir, pero si es niño, ¡mátalo! Sin embargo, las parteras tuvieron temor de Dios y no hicieron lo que el rey de Egipto les había ordenado, sino que dejaron vivir a los niños. Entonces el rey de Egipto las mandó llamar y les dijo: —¿Por qué han dejado vivir a los niños?— Porque las mujeres hebreas no son como las egipcias —contestaron ellas—. Al contrario, son muy robustas y dan a luz antes de que nosotras lleguemos a atenderlas. De esta manera el pueblo israelita seguía creciendo en número, y cada vez se hacía más poderoso. Además, como las parteras tuvieron temor de Dios, él las favoreció y les concedió una familia numerosa.

Eclesiástico 1:4-15

La sabiduría fue creada antes que todo lo demás;
la inteligencia para comprender existe desde siempre.
¿Quién ha descubierto la raíz de la sabiduría?
¿Quién conoce sus secretos?
Sólo hay uno sabio y muy temible:
el Señor, que está sentado en su trono.
Él fue quien creó la sabiduría.
La observó, la midió
y la derramó sobre todas sus obras.
Él se la dio en alguna medida a todo ser viviente,
y en abundancia a sus amigos.
Honrar al Señor trae gloria, satisfacción,
alegría y una corona de gozo.
Honrar al Señor alegra el corazón,
trae gozo, alegría y larga vida.
Al que honra al Señor, al final le irá bien;
cuando muera, todos hablarán bien de él.
La sabiduría comienza por honrar al Señor;
ella acompaña a los fieles desde el seno materno.
Puso entre los hombres su hogar para vivir siempre allí,
y se mantendrá fielmente con ellos.

Gálatas 3:23-29

Antes de venir la fe, la ley nos tenía presos, esperando a que la fe fuera dada a conocer. La ley era para nosotros como el esclavo que vigila a los niños, hasta que viniera Cristo, para que por la fe obtuviéramos la justicia. Pero ahora que ha llegado la fe, ya no estamos a cargo de ese esclavo que era la ley, pues por la fe en Cristo Jesús todos ustedes son hijos de Dios, ya que al unirse a Cristo en el bautismo, han quedado revestidos de Cristo. Ya no importa el ser judío o griego, esclavo o libre, hombre o mujer; porque unidos a Cristo Jesús, todos ustedes son uno solo. Y si son de Cristo, entonces son descendientes de Abraham y herederos de las promesas que Dios le hizo.

Lucas 24: 1-11

Pero el primer día de la semana regresaron al sepulcro muy temprano, llevando los perfumes que habían preparado. Al llegar, se encontraron con que la piedra que tapaba el sepulcro no estaba en su lugar; y entraron, pero no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. No sabían qué pensar de esto, cuando de pronto vieron a dos hombres de pie junto a ellas, vestidos con ropas brillantes. Llenas de miedo, se inclinaron hasta el suelo; pero aquellos hombres les dijeron: — ¿Por qué buscan ustedes entre los muertos al que está vivo? No está aquí, sino que ha resucitado. Acuérdense de lo que les dijo cuando todavía estaba en Galilea: que el Hijo del hombre tenía que ser entregado en manos de pecadores, que lo crucificarían y que al tercer día resucitaría. Entonces ellas se acordaron de las palabras de Jesús, y al regresar del sepulcro

contaron todo esto a los once apóstoles y a todos los demás. Las que llevaron la noticia a los apóstoles fueron María Magdalena, Juana, María madre de Santiago, y las otras mujeres. Pero a los apóstoles les pareció una locura lo que ellas decían, y no querían creerles.

Letanía

Dios de nuestros antepasados, recordamos a las primeras mujeres ordenadas al sacerdocio en la Iglesia Episcopal: Alison, Alla, Betty, Carter, Emily, Jeannette, Katrina, Marie, Merrill, Nancy y Suzanne.

Te damos gracias por haberles llamado al sacerdocio, y concederles la determinación para responder a tu llamado.

Te damos gracias, Dios Santo.

Recordamos a los obispos que actuaron para ordenarles:

Daniel Corrigan, Robert DeWitt y Edward Welles.

Te damos gracias por su servicio apostólico.

Te damos gracias, Dios Santo.

Te damos gracias por los líderes de la Iglesia del Advocate, quienes fueron un ejemplo de hospitalidad y cuidado.

Te damos gracias, Dios Santo.

Te damos gracias por los obispos y diputados quienes actuaron para derribar las barreras de sexo para la ordenación, abriendo el camino para que las mujeres puedan responder a tu llamado en esta iglesia.

Te damos gracias, Dios Santo.

Espíritu de amor, oramos para poder escuchar y responder con fortaleza a tu llamado.

Te damos gracias, Dios Santo.

Espíritu de sabiduría, oramos para tener corazones de discernimiento, y así reconocer los dones y ministerios a los que nos has preparado.

Te damos gracias, Dios Santo.

Espíritu de justicia, oramos por aquellos cuyos ministerios son subestimados y restringidos en vez de ser alzados y celebrados; ayúdanos a ver tu gloria en cada rostro humano.

Te damos gracias, Dios Santo.

Espíritu de amor, oramos por tu iglesia y por el mundo. A medida que luchamos por traer igualdad a nuestra iglesia, concédenos ser modelos de justicia y paz para nuestro prójimo.

Te damos gracias, Dios Santo.

Dios Santo y lleno de gracia, oramos para poder participar cada día en la renovación de nuestra iglesia y en la sanación del mundo. Enseñanos a valorarnos los unos a los otros, a confiar en la amplitud de nuestros dones diversos, y unirnos en vínculos de amor. Oramos por ti Jesús, que nos enseñas a servir. Amén.

*[Colectas y Oraciones escritas por: La Muy Reverenda Kay Sylvester, Diócesis de Los Angeles.
Traducción al español: La Reverenda Norma Guerra, Diócesis de Los Angeles]*